

en las casas, estaban dispuestos á defenderse de calle en calle, y acaño á incendiar la ciudad; pero quedó prisionero uno de sus jefes, se le trató con mucho miramiento, le prometieron respetar á San Jenaro y obtuvieron por fin que hiciese deponer las armas á todos los suyos.

Championnet hallóse desde aquel instante dueño de Nápoles y todo el reino, apresurándose á restablecer el orden y desarmar á los lazzaroni. Proclamó la nueva república, según los deseos del gobierno francés, dándole el nombre antiguo de república partenopea. Este fué el resultado de las locuras y maldades de la corte de Nápoles. Dos meses y veinte mil franceses bastaron para aniquilar sus grandes proyectos y cambiar en república sus Estados. Esta corta campaña valió desde luego á Championnet una reputación gloriosa, y con tal motivo el ejército de Roma se llamó desde entonces de Nápoles, y separándole del de Italia, Championnet quedó independiente de Joubert.

Mientras en la península ocurrían estos sucesos, se había consumado al fin la ruina del reino piomontés. Por una precaución que disculpaban las circunstancias, Joubert se había apoderado ya de la ciudadela de Turín, armándola con la artillería tomada en los arsenales piomonteses; pero esta precaución era insuficiente en el actual estado de cosas. El Piomonte seguía alterado, donde los republicanos hacían sin cesar nuevas tentativas, y aun acababan de perder seiscientos hombres por haber tratado de sorprender á Alejandría. Una comparsa de máscaras que salieron de la ciudadela de

Turín, donde se hallaba representada toda la corte, y que era obra de los piomonteses y de los oficiales franceses, á quienes siempre no podían reprimir sus generales, estuvo á punto de trabar un sangriento combate con los del mismo Turín. La corte del Piomonte no podía ser amiga nuestra, lo cual estaba bien demostrado con la correspondencia del ministro de Nápoles con Mr. de Priocca, ministro director del Piomonte. En semejantes circunstancias, Francia expuesta á una nueva guerra, no podía dejar en su comunicación de los Alpes luchando á dos partidos y un gobierno enemigo. Tenía sobre la corte del Piomonte el derecho que tienen los defensores de una plaza sobre todos los edificios que estorban ó comprometen la defensa. Decidióse que se obligaría á abdicar al rey del Piomonte, apoyóse á los republicanos, y les ayudaron á apoderarse de Novara, Alejandría, Suiza y Chivasso. Entonces se manifestó al rey que no podía permanecer más en unos Estados que se sublevaban é iban á ser en breve el teatro de la guerra, pidiéndole su abdicación el 19 frimario (9 diciembre de 1798). Así, los dos príncipes más poderosos de Italia, el de Nápoles y el del Piomonte, no tenían en sus Estados más que dos islas. En las circunstancias que se preparaban no quisieron tomarse el trabajo de crear una nueva república, sino que, hasta ver el resultado de la guerra, se resolvió que Francia administrase interinamente el Piomonte. En toda Italia no quedaba por invadir más que la Toscana, y necesitábase sólo para ocuparla una simple indicación; pero se difería hasta que Austria hubiese declarado formalmente la guerra.

CAPÍTULO XV

Estado de la administración de la república y de los ejércitos á principios de 1799. — Preparativos militares. — Leva de doscientos mil hombres — Medios y planes de guerra del Directorio y de las potencias coligadas. — Declaración de guerra al Austria. — Inauguración de la campaña de 1799. — Invasión de los Grisones. — Combate de Pfullendorf. — Batalla de Stockach. — Retirada de Jourdan — Operaciones militares en Italia. — Batalla de Magnano. — Retirada de Scherer. — Asesinato de los plenipotenciarios franceses en Rastadt. — Electo de nuestros primeros reveses. — Acusaciones multiplicadas contra el Directorio. — Elecciones del año VII. — Sieyes nombrado director en reemplazo de Rewbell.

Tal era el estado de cosas á principios del año 1799: según los acontecimientos que acabamos de referir, la guerra no era ya dudosa. Por otra parte, las correspondencias interceptadas, el repentino levantamiento de la corte de Nápoles, que no hubiera tomado la iniciativa sin la seguridad de una intervención poderosa, los inmensos preparativos de Austria, y en fin, la llegada de un cuerpo ruso á Moravia no dejaban la menor incertidumbre. Corría el nivoso (enero de 1799), y era evidente que las hostilidades comenzarían antes de dos meses. Así, pues, quedaba probada por los hechos la incompatibilidad de los dos grandes sistemas que la revolución puso en presencia uno de otro.

Al comenzar el año 1798 Francia tenía tres repúblicas á sus lados, la bátava, la cisalpina, y la liguriana, y ya existían seis á fines de este año, por la creación de las repúblicas helvética, romana y partenopea; y esta extensión había sido menos el resultado del espíritu de conquista que del de sistema. Había sido necesario socorrer á los vaudezes oprimidos; en Roma fueron provocados los franceses á vengar la muerte del infeliz Duphot, inmolado al querer separar los dos partidos, y en Nápoles no se hizo más que rechazar una agresión. Así, pues, fué forzoso empeñar de nuevo la lucha. Está probado que el Directorio, aunque teniendo gran confianza en el poderío francés, deseaba, sin embargo, la paz, por razones políticas y financieras; y también está reconocido que el emperador, aunque deseando la guerra, quería alejarla aún. Sin embargo, todos se habían conducido cual si quisieran trabar inmediatamente la lucha; tan grande era la incompatibilidad de los dos sistemas.

La revolución había inspirado, pues, al gobierno francés una confianza y una audacia extraordinaria. El último acontecimiento de Nápoles, aunque de poca consideración en sí, acababa de persuadirle que todo debía ceder ante las bayonetas francesas, opinión que por lo demás profesaba toda Europa. Necesaria era la inmensidad de los medios reunidos contra Francia para que sus enemigos se atrevieran á medirse con ella; pero esta confianza del gobierno francés en sus fuerzas era exagerada, y ocultábase una parte de las dificultades de su posición. Lo que siguió ha probado que sus recursos eran inmensos; pero que en aquel instante no estaban suficientemente asegurados para garantizar la victoria.

El Directorio tenía que administrar, no sólo Francia, sino también Holanda, Suiza y toda Italia, convertidas en otras tantas repúblicas. Según se ha visto, administrarlas por mediación de su gobierno era todavía más difícil que si se hubiera mandado directamente en ellas; apenas se podía sacar algún recurso en dinero y hombres, todo por la falta de organización; pero debíase, sin embargo, defenderlas, y por lo tanto combatir en una línea que desde el Texel se extendía sin interrupción hasta el Adriático, línea que atacada de frente por Rusia y Austria, era sorprendida por la espalda por las flotas inglesas, ya en Holanda ó en Nápoles. Las fuerzas que semejante situación militar exigía debían salir sólo de Francia, y los ejércitos estaban singularmente reducidos, hallándose en Egipto, á las órdenes de nuestro gran capitán, cuarenta mil soldados de los mejores. Los ejércitos que permanecían en Francia habían disminuído en una mitad por efecto de las desertiones que siempre produce la paz; el gobierno pagaba el mismo número de soldados; pero tal vez no tenía ciento cincuenta mil efectivos. Las administraciones y los estados mayores se beneficiaban con la paga, y era un exceso de gasto inútil para la Hacienda. Estos cincuenta mil hombres efectivos formaban cuadros excelentes, que se podían llenar con la nueva leva; pero necesitábase tiempo para esto, y no se había tenido suficiente desde el establecimiento de la quinta.

Por último, la Hacienda seguía siempre en el mismo lastimoso estado por la mala organización para los ingresos. Habíase votado un presupuesto de seiscientos millones y un recurso extraordinario de ciento veinticinco, tomados de los cuatrocientos restantes de bienes nacionales; pero la lentitud con que se efectuaba el ingreso, y el error en la evaluación de ciertos productos, dejaban un déficit considerable. Por último, comenzaba á desaparecer la subordinación indispensable en tan inmensa máquina. No se podía ya contener fácilmente á los militares: aquella situación de guerra perpetua les hacía comprender que eran necesarios, y mostrábanse imperiosos y exigentes. Situados en ricos países, querían aprovecharse, y hacíanse cómplices de todas las expropiaciones; también pretendían que sus opiniones triunfasen allí donde se hallaban, y no obedecían sin dificultad á la dirección de los agentes civiles, como hemos visto en la disputa de Brune con Tróuvé. Por último, en

el interior se pronunciaba cada vez más la opinión que hemos visto renacer desde el 18 fructidor con dos caracteres. Los patriotas, reprimidos en las últimas elecciones, preparábase á triunfar en las nuevas. Los moderados criticaban fría y amargamente todas las medidas del gobierno, y según la costumbre de todas las oposiciones, recriminábanle hasta por las dificultades que debía vencer y que eran con frecuencia insuperables. El gobierno es la fuerza misma; es preciso que triunfe, y tanto peor para él si no lo consigue; jamás se escuchan sus excusas cuando da sus explicaciones para decir por qué no ha vencido.

Tal era la situación del Directorio en el instante en que la guerra volvió á comenzar con Europa, é hizo grandes esfuerzos para restablecer el orden en aquella gran máquina. En Italia reinaba siempre la confusión; los recursos de aquel magnífico país se disipaban, perdiéndose inútilmente para el ejército, aprovechándolo sólo algunos pillos. La comisión encargada de instituir y administrar la república romana acababa de terminar sus funciones, y al punto se dejó sentir la influencia de los estados mayores. Cambiáronse los cónsules, por creerlos excesivamente moderados, y rompieron las ventajosas contratas para el mantenimiento del ejército. La comisión en que Faypoult tenía la dirección financiera cerró un contrato para el mantenimiento y pago de las tropas estacionadas en Roma y para el transporte de todos los objetos de arte enviados á Francia, adjudicando en pago bienes nacionales tomados del clero. La negociación, además de ser moderada por lo que se refiere al precio, ofrecía la ventaja de poder emplear los bienes nacionales; pero fué anulada, cediéndose después á la compañía Baudín, que devoraba la Italia. Esta compañía hallaba su apoyo en los estados mayores, dejándoles el 40 por 100 de beneficio. El Piamonte, recientemente ocupado, ofrecía una nueva presa que devorar, y la probidad de Joubert, general en jefe del ejército de Italia, no era una garantía contra la avidez del estado mayor y de las compañías: Nápoles, sobre todo, iba á ser saqueado. En el Directorio figuraban cuatro hombres íntegros, Rewbell, Larevelliere, Merlin y Treillard, que se rebelaban contra todos los desórdenes. Larevelliere, sobre todo, el más severo y el mejor instruído de los hechos por sus relaciones particulares con el embajador Trouvé y con los individuos de la comisión de Roma, deseaba que se desplegara la mayor energía. Propuso é hizo adoptar un proyecto muy juicioso, cual era el de instituir en todos los países dependientes de Francia, y donde residiesen nuestros ejércitos, comisiones encargadas de la parte civil y financiera, del todo independientes de los estados mayores.

En Milán, Turín, Roma y Nápoles, varias comisiones civiles debían recibir las contribuciones estipuladas con los países aliados de Francia, entender en los contratos, hacer todos los arreglos referentes á la hacienda y atender, en una palabra, á las necesidades de los ejércitos, pero sin permitir á los jefes militares administrar los fondos. Las comisiones tenían, sin embargo, orden de facilitarles los que pidieran, sin justificar su empleo, y sólo debían dar cuenta al gobierno. Los cuatro directores hicieron aprobar la medida, y dióse á Scherer el orden de ponerla en ejecución en el acto; y como mostrase alguna indulgencia con sus compañeros, se le ma-

nifestó que respondería de todos los desórdenes que no se reprimieran.

Por justa que fuese esta medida, debía resentir mucho á los estados mayores; en Italia, sobre todo, parecieron rebelarse; dijeron que se deshonraba á los militares por las precauciones adoptadas respecto á ellos; que se encadenaba completamente á los generales, y que se veían privados de toda autoridad. Championnet había hecho ya en Nápoles las veces de legislador, nombrando comisiones encargadas de administrar el país conquistado. Faypoult, enviado á Nápoles para encargarse de toda la parte financiera, adoptó las medidas necesarias á fin de que la administración volviese á sus manos, revocando ciertas disposiciones muy mal entendidas de Championnet. Este último, dejándose llevar de todo el enojo de los hombres de su clase, sobre todo cuando alcanzan una victoria, consideróse como ofendido; y tuyo la osadía de publicar una orden por la cual mandaba á Faypoult y los otros comisionados que saliesen de Nápoles en el término de veinticuatro horas. Semejante conducta era intolerable: desconocer las órdenes del Directorio y expulsar de Nápoles á los enviados revestidos de sus poderes era un acto que merecía la más severa represión, á menos que no se quisiese abdicar la autoridad suprema, entregándola á los generales. El Directorio no desfalleció, y gracias á la energía de los individuos íntegros que deseaban poner término al derroche, desplegó aquí toda su autoridad. Acto continuo destituyó á Championnet, á pesar del brillo de sus últimos triunfos, y entregó á una comisión militar; pero desgraciadamente, la insubordinación no paró aquí. El bravo Joubert se dejó persuadir de que se había ofendido al honor militar con los decretos del Directorio, y no queriendo conservar el mando con las nuevas condiciones prescritas á los generales, presentó su dimisión, la cual fué aceptada por el Directorio. Bernadotte rehusó substituir á Joubert por los mismos motivos; mas el Directorio, lejos de ceder, persistió en sus acuerdos.

En lo primero que se ocupó después fué en la quinta, que se efectuaba lentamente: las dos primeras clases no podían facilitar los doscientos mil hombres, y por lo tanto pidió autorización para sacarlos de todas, hasta que se completase el número requerido. A fin de ganar tiempo, decidióse que los ayuntamientos se encargasen este gasto de la contribución territorial. Apenas equipados los nuevos quintos, debían dirigirse á las fronteras, para formarse en batallones de guarnición, substituir á las tropas veteranas en las plazas y campamentos de reserva, y apenas tuvieran instrucción suficiente, ir á reunirse con los ejércitos activos.

El Directorio se ocupaba también del déficit, pues el ministro Ramel, que manejaba nuestra Hacienda con talento é integridad desde que se estableció el Directorio, aseguraba después de comprobar el producto de los impuestos, que el déficit sería de sesenta y cinco millones, sin contar con los atrasos que provenían de la falta de entradas. Suscitóse una acalorada disputa acerca del importe del déficit, pues los adversarios del Directorio sólo le hacían subir á quince millones, mientras que Ramel probaba que ascendería á sesenta y cinco y á sesenta y seis acaso. Se había ideado el impuesto sobre puertas

y ventanas, pero no bastaba. Entróse en la cuestión del impuesto de la sal, y empezaron las exclamaciones de que se oprimía al pueblo, de que se harían pagar las cargas públicas á una sola clase, de que se renovaban las gabelas, etc. Luciano Bonaparte era el que con más furor presentaba las objeciones; mas los partidarios del gobierno respondían alegando la necesidad. Al fin se desestimó este arbitrio por el Consejo de los Ancianos, y para reemplazar su producto se duplicó el impuesto sobre las puertas y ventanas, y decupló el de las puertas cocheras. Se procedió á la venta de los bienes del culto protestante, y se declaró que su clero recibiría una asignación en reintegro de sus bienes. Finalmente, se puso á disposición del gobierno la suma que debían los propietarios de los bienes todavía indivisos con el Estado.

Pero por desgracia todos aquellos recursos no eran para el momento, pues además de la dificultad de nivelar el producto del impuesto con los seiscientos millones, había otro inconveniente con el retardo de los ingresos, pues se veía reducido el gobierno en este año, lo mismo que en los anteriores, á conceder certificados de crédito á los proveedores sobre productos que no se habían cobrado todavía. Los censuistas, á quienes se había prometido la mayor exactitud desde el reintegro de los dos tercios, recibían también pagarés admisibles en pago de contribuciones, y así se vivía otra vez con arbitrios.

No bastaba reunir soldados y fondos para mantenerlos, sino que era preciso distribuirlos convenientemente y darles generales. Ya hemos dicho que era menester defender la Holanda, la línea del Rhin, Suiza y toda Italia, esto es, extenderse desde el golfo de Tarento hasta el Texel. Holanda se hallaba por otra parte resguardada con la neutralidad de Prusia, que parecía segura; pero debía desembarcar allí una escuadra anglo-rusa, y era urgente protegerla contra este riesgo. La línea del Rhin se hallaba protegida por las dos plazas de Maguncia y Estrasburgo; y aunque fuese poco probable que Austria tratase de romperla, era prudente ocuparla con un cuerpo de observación; y bien se tomase le ofensiva ó se esperase, donde debía encontrarse á los ejércitos austríacos era en las orillas del alto Danubio, por las inmediaciones del lago de Constanza ó en Suiza. Necesitábase un ejército activo que, saliendo de la Alsacia ó de Suiza, se adelantase por los llanos de Baviera, en seguida un cuerpo de observación para cubrir á Suiza, y finalmente un gran ejército que protegiese la Italia alta contra los austríacos y la baja contra los napolitanos é ingleses reunidos.

Este campo de batalla era inmenso y no tan conocido ni examinado como lo ha sido después de largas guerras é inmortales campañas. Creíase entonces que la llave de la llanura estaba en las montañas. Suiza, situada en medio de la inmensa línea en que se iba á combatir, parecía la llave de todo el continente; y Francia, que ocupaba la Suiza, tenía aparentemente una ventaja decisiva, pues que poseyendo las corrientes del Rhin, del Danubio y del Po, era la dueña de todas las demás; mas esto era un error. Fácilmente se concibe que dos ejércitos que apoyan inmediatamente un ala en las montañas, como los austríacos y franceses cuando combatían en las cercanías de Verona ó de Rastadt, den la mayor importancia á la posesión de las montañas, porque en consiguiendo

dominarlas pueden sobreponerse al enemigo por las alturas; pero cuando se baten á cincuenta ó cien leguas de las montañas, no tienen ya éstas la misma importancia. Mientras se luchase por la adquisición del San Gotardo, cualquier ejército, situado en el Rhin ó en el bajo Po, tendría tiempo para decidir de la suerte de Europa; pero se raciocinaba de lo poco á lo mucho. De que las alturas son interesantes en un campo de batalla de algunas leguas, se deducía que la potencia que poseyera los Alpes debería ser dueña del continente. Suiza no tiene más que una ventaja positiva: la de abrir desembocaderos directos á Francia sobre Austria y al Austria sobre Francia; lo cual manifiesta que sería un gran beneficio el cerrar estos desembocaderos por el bien de ambas potencias y de Europa. Cuanto más se eviten los puntos de contacto y los medios de invasión, tanto mejor, sobre todo entre los Estados que no pueden venir á las manos sin que se conmueva todo el continente. En este sentido es interesante para toda Europa la neutralidad de Suiza, y con razón se la mira como un principio de seguridad general.

Con la invasión, la Francia había adquirido la ventaja de las salidas directas para Austria é Italia, en cuyo sentido podía mirar como interesante la posición de Suiza. Pero si el gran número de desembocaderos es favorable á la potencia que se propone tomar la ofensiva y que tiene recursos, para ello, también es un gran inconveniente para la que se ve reducida á la defensiva por la inferioridad de sus fuerzas; y ésta debe desear entonces que sea muy pequeño el número de puntos de ataque para poder concentrar favorablemente sus fuerzas. Si Francia hubiese estado bastante preparada para la ofensiva, le habría sido ventajoso poder penetrar en Baviera por Suiza; pero reducida á la defensiva, perjudicábase no poder contar con la neutralidad de este último país, así como también tener que guardar todo el espacio comprendido desde Maguncia á Génova, en vez de poder concentrar sus fuerzas, como en 1793, entre Maguncia y Estrasburgo por una parte y el Monte Blanco y Génova por la otra.

Así, pues, la ocupación de Suiza podía llegar á ser peligrosa para Francia, en el caso de la defensiva, pero estaba muy lejos de creerse en semejante caso. El proyecto del gobierno era tomar la ofensiva en todas partes, y como en otro tiempo, dirigir golpes contundentes; pero la distribución de sus fuerzas fué de las más desgraciadas. Situóse un ejército de observación en Holanda, y otro en el Rhin; un tercero, activo, debía salir de Estrasburgo, atravesar la Selva Negra é invadir la Baviera; un cuarto, activo también, tenía orden de combatir en Suiza por la posesión de las montañas, apoyando así por un lado al que operase en el Danubio y por el otro al que se hallase en Italia; un gran ejército saldría del Adige, á fin de expulsar del todo á los austríacos hasta más allá del Isonzo; y en fin, el último ejército, de observación, debía cubrir la baja Italia, guardando Nápoles. Queríase que el de Holanda se compusiera de veinte mil hombres, el del Rhin de cuarenta mil, el del Danubio de ochenta mil, el de Suiza y el de Nápoles de cuarenta mil, y el de Italia de ochenta mil, lo que formaba un total de trescientos mil hombres, independientes de las guarniciones. Con semejantes fuerzas, la distribución sería menos defectuosa; pero si

por la leva de los quintos se podía en algún tiempo obtener para nuestros ejércitos este número, estábanse muy lejos de haberlo alcanzado en aquel momento. Apenas se podía dejar diez mil hombres en Holanda, y en el Rin no era posible reunir sino algunos miles. Las tropas destinadas á formar aquel ejército de observación estaban retenidas en el interior, ya para vigilar á la Vendée, amenazada todavía, ó bien para proteger la tranquilidad pública durante las elecciones que se estaban preparando. El ejército destinado á operar en el Danubio constaba cuando más de cuarenta mil hombres, el de Suiza de treinta mil, el de Italia de cincuenta mil y el de Nápoles de treinta mil; de modo que apenas teníamos de ciento sesenta á ciento setenta mil hombres. Diseminarlos desde el Texel al golfo de Taranto era el plan más imprudente del mundo.

Puesto que el Directorio, impulsado por la audacia revolucionaria, quería tomar la ofensiva, era preciso, entonces más que nunca, elegir los puntos de ataque, reunirse en fuerzas suficientes sobre ellos y no diseminarse para combatir contra todos á la vez. Así, pues, en vez de distribuir las fuerzas en Italia desde Verona á Nápoles, debía procederse como Bonaparte, reuniendo el grueso en el Adige, para descargar allí poderosos golpes, pues batiendo á los austriacos en el Adige, estaba suficientemente probado que se podía imponer respeto á Roma, Florencia y Nápoles. Por la parte del Danubio, en vez de perder inútilmente miles de valerosos soldados al pie del San Gotardo, era preciso disminuir el ejército de Suiza y del Rin, reforzar el activo del Danubio, y trabar con su auxilio una batalla decisiva en Baviera. Hasta se podían reducir los puntos de ataque, permanecer en observación sobre el Adige, no tomar la ofensiva sino en el Danubio, y descargar un golpe más fuerte y seguro, aumentando las fuerzas que debían intentarle. Napoleón y el archiduque Carlos han probado, el primero con grandes ejemplos y el segundo con profundos razonamientos, que la contienda entre Austria y Francia debe ventilarse en el Danubio. Allí es el camino más corto para llegar al objeto. Un ejército francés victorioso en Baviera inutiliza todos los progresos de un ejército austriaco triunfante en Italia, porque está mucho más próximo á Viena.

Preciso es decir, para excusar los planes del Directorio, que no se había operado aún en tan vastos campos de batalla, y que el único hombre que hubiera podido hacerlo entonces estaba en Egipto. Disemináronse, pues, los ciento sesenta mil hombres actualmente disponibles en la inmensa línea que hemos descrito y en el orden que acabamos de indicar. Diez mil hombres debían observar la Holanda y algunos miles el Rin; cuarenta mil formaban el ejército del Danubio, treinta mil el de Suiza, cincuenta mil el de Italia y treinta mil el de Nápoles. Los quintos debían aumentar muy pronto este número, hasta que se obtuviese la cifra acordada por el Directorio para sus planes.

La elección de los generales no fué más feliz que la concepción de los proyectos, si bien es verdad que desde la muerte de Hoche y la marcha de Bonaparte, Desaix y Kléber á Egipto, no había mucho en que escoger. Quedaba un general cuya reputación era grande y merecida, Moreau; se podía ser más audaz y emprendedor, pero no más firme ni seguro. Un Estado defen-

dido por tal hombre no podía perecer. Habiendo caído en desgracia á causa de su conducta en la cuestión Pichegrú, consintió modestamente en aceptar el humilde empleo de inspector de infantería, y fué propuesto al Directorio para mandar en Italia. Desde que Bonaparte había llamado tanto la atención sobre aquel hermoso país, desde que era como la manzana de la discordia entre Austria y Francia, aquel mando parecía el más importante. He aquí por qué se pensó en Moreau. Barras se opuso con todas sus fuerzas, dando razones de gran patriotismo; consideró á Moreau como sospechoso, á causa de su conducta del 18 fructidor, y sus colegas tuvieron la debilidad de ceder. Moreau fué, pues, eliminado, quedando como simple general de división en el ejército que hubiera debido mandar como jefe; pero aceptó noblemente aquel puesto subalterno, inferior á sus conocimientos.

Joubert y Bernadotte habían rehusado, ya sabemos por qué motivos, el mando del ejército de Italia. Pensóse, pues, en Scherer, ministro de la Guerra: este general había adquirido mucha reputación por sus triunfos en Bélgica y su magnífica batalla de Loano; tenía ingenio; pero gastada su naturaleza por la edad y los achaques, no era ya capaz de mandar á jóvenes llenos de ardimiento y de audacia. Por otra parte, habíase indispuerto con los más de sus compañeros al querer introducir algún rigor en la represión de la licencia militar. Barras le propuso para general del ejército de Italia; y díjose que era para hacerle salir del ministerio de la Guerra, donde comenzaba á ser importuno por su severidad. Sin embargo, como los militares á quienes se consultó, particularmente Bernadotte y Joubert, hablaron de su capacidad lo mismo que se hacía en el ejército, es decir, en términos muy lisonjeros, fué nombrado general en jefe del ejército de Italia. Resistióse mucho, alegando como excusa sus años, su salud y sobre todo su poca popularidad, por causa de las funciones que había ejercido; pero insistióse, y hubo de aceptar.

Championnet, juzgado por una comisión, fué substituído en el mando del ejército de Nápoles por Macdonald, y á Massena se le confió el del ejército de Helvecia. Estas elecciones eran excelentes y la república no podía menos de aplaudirlas. El importante ejército del Danubio fué confiado al general Jourdan, pues á pesar de sus desgracias en la campaña de 1798, no se habían olvidado los servicios que prestó en 1793 y 1794, y esperábase que estaría á la altura de sus primeras hazañas. De no confiar el mando á Moreau, el ejército del Danubio no podía estar en mejores manos. Desgraciadamente, hallábase tan reducido, que para mandarle con alguna confianza se hubiera necesitado la osadía del vencedor de Arcola y de Rivoli. Bernadotte se encargó del ejército del Rin y Brune del de Holanda.

Austria había hecho preparativos muy superiores á los nuestros: no confiando como nosotros en sus triunfos, empleó los dos años transcurridos desde el armisticio de Leoben en alistar, equipar é instruir nuevas tropas; habíalas provisto de todo cuanto era necesario, y fijóse en elegir los mejores generales. Podía presentar entonces en batalla doscientos veinticinco mil hombres efectivos, sin contar los reclutas que aún se preparaban; y Rusia proporcionaba un contingente de sesenta mil

hombres, cuya fanática bravura se ponderaba en toda Europa, mandados por el célebre Souwarow. Así, pues, la nueva coalición iba á operar al frente de nuestra línea con unos trescientos mil hombres. Anunciábase la llegada de otros dos contingentes rusos, combinados con tropas inglesas, y que debían ir, uno á Holanda y el otro á Nápoles. El plan de campaña de la coalición no estaba mejor ideado que el nuestro: era una concepción pedantesca del consejo áulico, muy desaprobada por el archiduque Carlos, pero que le fué impuesta, como á todos los generales, sin que se les permitiera modificarla. El plan se basaba, como el de los franceses, en el principio de que las montañas son la llave de la llanura. Por eso se habían acumulado considerables fuerzas para guardar el Tirol y los Grisones y despojar á los franceses, si era posible, de la gran cadena de los Alpes. El segundo objeto que parecía importar más al consejo áulico era Italia, por lo cual se situaron numerosas fuerzas detrás del Adige. El teatro más importante de la guerra, el del Danubio, no parecía ser aquel de que más se ocupaban. Lo mejor que se hizo por esta parte fué situar allí al archiduque Carlos.

He aquí cómo estaban distribuídas las fuerzas austriacas. El archiduque se hallaba en Baviera con cincuenta y cuatro mil infantes y veinticuatro mil caballos. En Voralberg, en toda la longitud del Rin, hasta su desembocadura en el lago de Constanza, el general Hotze mandaba veinticuatro mil hombres de infantería y dos mil de caballería; Bellegarde estaba en el Tirol con cuarenta y seis mil soldados, contándose dos mil de caballería. Kray tenía en el Adige sesenta y cuatro mil peones y once mil caballos; y así resultaba un total de setenta y cinco mil hombres. El cuerpo ruso debía reunirse con Kray para operar en Italia.

Ya vemos que los veintiséis mil hombres de Hotze y los cuarenta y seis mil de Bellegarde debían operar en las montañas: érales preciso posesionarse del nacimiento de los ríos, mientras los ejércitos que operasen en la llanura tratarían de franquear la corriente. Por el lado de los franceses, el ejército de Helvecia estaba encargado de lo mismo; y así es que por una y otra parte, muchos valientes iban á perder sus vidas inútilmente en rocas inaccesibles, cuya posesión no podía influir apenas en la suerte de la guerra (1).

Los generales franceses no habían dejado de dar á conocer al Directorio la insuficiencia de toda clase de medios. Jourdan, obligado á enviar varios batallones á Bélgica para reprimir algunos trastornos y media brigada al ejército de Helvecia á fin de substituir á otra enviada á Italia, no contaba sino con treinta mil hombres efectivos, y estas fuerzas eran demasiado desproporcionadas con las del archiduque para que pudiese luchar con ventaja. En su consecuencia pedía la pronta formación del ejército de Bernadotte, que no contaba aún más que con cinco ó seis mil hombres, y especialmente la organización de los nuevos batallones de campaña. Hubiera deseado poder agregarse el ejército del Rin ó el de Helvecia, lo cual era muy justo. Massena se quejaba por su parte de que no tenía ni almacenes ni los medios de transporte indispensables para soste-

(1) Todos estos asertos se desprenden de los dictámenes del archiduque Carlos, de Jomini y de Napoleón.

ner su ejército en países estériles y en extremo inaccesibles.

El Directorio respondía á estas observaciones que en breve se reunirían los quintos y formarían batallones de campaña, ascendiendo al punto el ejército de Helvecia á cuarenta mil hombres y el del Danubio á sesenta; que luego de terminadas las elecciones, los batallones veteranos que permanecían en el interior irían á formar el núcleo del ejército del Rin. Bernadotte y Massena tenían orden para auxiliar á Jourdan en sus operaciones y acomodarse á sus planes; pues contando siempre con el efecto de la ofensiva, y alentado por la confianza en sus soldados, deseaba que á pesar de la desproporción numérica, se apresurasen sus generales á presentar batalla y deshacer á los austriacos con una embestida, dándose al efecto las competentes órdenes.

Divididos los grisones en dos facciones, habían vacilado largo tiempo entre la dominación austriaca y la suiza; pero al fin llamaron á los austriacos á sus valles. El Directorio, considerándolos como súbditos suizos, mandó á Massena ocupar su territorio, haciendo antes una intimación á los austriacos para evacuarle. En caso de negativa, Massena debía atacar en el acto. Al mismo tiempo, y como quiera que los rusos avanzaran siempre por Austria, dirigió dos notas sobre el particular, una al congreso de Rastadt y la otra al emperador, declarándoles que si en el espacio de ocho días no se daba á los rusos contraorden para retirarse, consideraría como declarada la guerra. Jourdan tenía orden de pasar el Rin tan pronto como expirase este plazo.

El congreso de Rastadt había progresado singularmente en sus tareas: zanjadas ya las cuestiones sobre la línea del Rin, la repartición de las islas y la construcción de los puentes, no se pensó ya sino en el asunto de las deudas. La mayor parte de los príncipes germánicos, excepto los eclesiásticos, no deseaban otra cosa que entenderse para evitar la guerra; pero sometidos los más al Austria, no se atrevían á pronunciarse. Los individuos de la diputación abandonaban sucesivamente el congreso, y bien pronto iba á ser imposible deliberar: el congreso declaró que no podía contestar á la nota del Directorio, y consultó á la dieta de Ratisbona. La nota destinada al emperador fué remitida á Viena mismo, y quedó sin contestación; de modo que la guerra quedaba declarada de hecho. Jourdan, que había recibido orden de atravesar el Rin, avanzando por la Selva Negra hasta las fuentes del Danubio, franqueó dicho río el 11 ventoso del año VII (1.º de marzo). El archiduque Carlos cruzó el Lech el 13 ventoso (3 marzo). Así, pues, quedaban traspasados los límites que ambas potencias se habían prescrito, y se iba á llegar de nuevo á las manos. Sin embargo, aunque haciendo una marcha ofensiva, Jourdan tenía orden de esperar á que el enemigo disparase los primeros tiros, hasta que la declaración de guerra fuese aprobada por el cuerpo legislativo.

Entretanto Massena operaba en los Grisones, habiendo intimado á los austriacos la evacuación el 16 ventoso (6 marzo). Los Grisones se componen de los altos valles del Rin y del Inn ó Engadina; Massena resolvió pasar el Rin cerca de su desembocadura en el lago de Constanza y apoderarse á la vez de todos los cuerpos diseminados en los altos valles. Lecourbe, que mandaba su ala derecha y que por su actividad y audacia extra-